



Paz y Bien

BOLETÍN TRIMESTRAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA

AGO - OCT DE 2025

Número 200

Donativo \$10.00 M.N.



La Mujer y la Fundación de la Iglesia Católica

(1) Jesucristo, dice San Pablo, es la piedra angular de la Iglesia, uno de cuyos ángulos toca a los patriarcas y a los profetas, y el otro a los apóstoles; y sobre este doble fundamento se eleva la Iglesia, el grande y maravilloso edificio que Dios ha establecido entre los hombres: *"...edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús."* (Ephes., II, 20) Como venimos hablando de la mujer, toca ahora ver, a grandes rasgos, la ayuda que fue la mujer en la fundación de esta grandiosa y única obra que Dios instituyó en la tierra: La Iglesia Católica.

Hemos mencionado en el número anterior, que desde el principio del mundo no ha habido más que una sola Iglesia verdadera, cuyo centro ha sido siempre Jesucristo. Colocado en medio de los tiempos el Hijo de Dios hecho Hombre es de todos los tiempos, y reúne en Sí mismo el mundo antiguo y el nuevo... el Antiguo y el Nuevo Testamento. Los

primeros cristianos fueron Adán y Eva; y los antiguos justos, dice San León, fueron santos por su fe, por su esperanza y por su amor al Redentor que debía venir; así pues, todos ellos pertenecieron a la ver-

dadera Iglesia, que es la Católica, y Ella los reivindica como sus hijos y su gloria.

No tenemos ahora el tiempo necesario para hablar aquí de las ilustres mujeres del Antiguo Testamento, que entre los hebreos hicieron tanto por el culto de Dios; porque es indudable que, Sara, Rebeca, María, Séfora, Débora, Abigail, Judit y la madre de los Macabeos, por mencionar algunas, que por sus costumbres, su sabiduría, su fortaleza, por su celo y su fe, esparcieron un gran resplandor sobre la historia del pueblo de Dios; y muchas veces contribuyeron, casi tanto, como los patriarcas y los profetas a consolidar a aquel pueblo en la verdadera religión. Dejemos, pues, a estas grandes mujeres de la antigua Iglesia, para hablar de las mujeres de la Iglesia nueva, y ver lo que han sido y lo que serán siempre, lo que han hecho y lo que pueden hacer todavía las mujeres formadas en la fe verdadera, las mujeres llenas del espíritu de fe y fieles a las doctri-



nas del Evangelio; en una palabra, la mujer católica. Pero antes permítasenos hacer aquí dos observaciones.

En primer lugar, habiéndose hecho Hombre el Hijo de Dios para



salvar al hombre, tuvo necesidad de alimentarse como cualquier otro hombre; esto lo hizo para probarlos que, además de ser verdadero Dios, era también verdadero Hombre. Y bien, ¿a dónde fue a buscar el Salvador esos siervos por los que se dignó ser alimentado? Entre las mujeres, como nos lo atestigua el Evangelio: *“Los doce apóstoles estaban con Él, y varias mujeres a quienes había curado de sus enfermedades y de los malos espíritus: María, llamada Magdalena... Juana...y Susana, y otras muchas, que le alimentaban con sus bienes.”* (Luc. VIII, 1-3) *“Había también junto a la cruz muchas mujeres de Galilea, que habían seguido a Jesús para servirle.”* (Mat. XXVII, 55)

Es, pues, evidente que estas mujeres, reuniendo todo aquello de que podían disponer, habían formado un fondo o un depósito, con el que proveían lo necesario para el alimento del Divino Maestro y de sus apóstoles. Es también evidente que aquellas nobles almas no se contentaban con poner todo su dinero a disposición del Señor y de sus discípulos,

sino que le seguían por todas partes, y aun de una provincia a otra, para cuidar que nada le faltase y para servirle ellas mismas.

¡Dichosas almas, que tuvieron el honor y la ventura de alimentar con sus bienes y de asistir con sus cuidados respetuosos y afectuosos a su Creador! Y Él, al consentir ser acogido y alimentado por ellas con un manjar corporal, les recompensaba esta generosidad alimentando sus espíritus con el manjar espiritual de su palabra.

Al contrario de Judas que no hizo otra cosa que robar y apropiarse aquel sagrado depósito, suministrado por la piedad de las mujeres, y del que, además, no consta que hubiera dado nada al Señor mientras vivió, la Iglesia, en la persona de Jesucristo y de los apóstoles, sólo fue alimentada, sólo fue cuidada y servida en su nacimiento, las más de las veces, por la mujer. ¡Mujer!, ahora comprendo por qué la Iglesia te ama con una ternura especial, y recomienda particularmente a la Santísima Virgen “al devoto sexo femenino.” ¡Tú alimentaste a su celestial Esposo y a Ella en Él!

La segunda observación que tenemos que hacer sobre el carácter de las mujeres en general lo referiremos en el siguiente hecho. Habiendo curado un día el Salvador del mundo a un desventurado sordomudo poseído por el demonio (*Mat, XII, 22*), los fariseos, admirados y furiosos a la vez, por la magnificencia del prodigio, viendo la actitud del pueblo en favor del Nazareno, bramaban de furor diciendo a todos que no se fíaran de ese Hombre ni le creyeran: “*Éste no echa a los demonios sino por el poder de Belcebú, príncipe de los demonios.*” (*Mat. XII, 24*) Estas palabras, verdaderamente satánicas, parece que produjeron su efecto. En vano el Salvador las refutó victoriosamente con cuatro magníficos argumentos, en los que reveló al mundo el horrible misterio de la acción del demonio sobre las almas. Nadie osó declararse en su favor ni tomar su defensa. Los apóstoles mismos no se atrevieron a responder. Solo una mujer, llamada Marcela, que vivía con Marta, fue la que, en un santo arrebatado de fe, de religión, de admiración y de amor, alzando la voz para hacerse oír de la inmensa turba que rodeaba al Señor, tuvo el valor suficiente para arrostrar el furor de los enemigos de Jesucristo y protestar enérgicamente contra las palabras sacrílegas que habían pronunciado contra el Hijo de Dios, y le dirigió a Él estas hermosas palabras, que solo podrían salir del corazón de una mujer:

“Bienaventurado mil veces el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron.” (*Luc. XI, 27*) ¡Oh bellas y magníficas palabras! Exclama el venerable Beda. Ellas son al mismo tiempo un perfecto acto de fe y un acto sublime de religión. Ellas son el conocimiento exacto, la convicción íntima y la confesión sincera de la verdad del gran misterio de la Encarnación. ¡Oh mujer admirable! Con estas palabras refutó y confundió al mismo tiempo las calumnias atroces de los escribas y fariseos, que estaban presentes y que negaban a Cristo la divinidad, y las blasfemias de los herejes futuros, que habían de negar su humanidad. Así, pues, en estas circunstancias tan solemnes, mientras los hombres callan, sólo se encuentra una mujer que tenga el valor de confesar públicamente al Señor. Los hombres le acusan, y la mujer le defiende; los hombres blasfeman de Él, y la mujer le bendice; los hombres le insultan, y la mujer le adora; los hombres quieren hacerle pasar por un ministro de Satanás, y la mujer le proclama Hijo de Dios, y se hace su primer confesor, su primer apóstol y su primer evangelista. Por consiguiente, el Señor, no solo fue alimentado, servido y cuidado por la mujer durante su vida mortal, sino que de boca de la mujer recibió también el primer testimonio público y solemne de su divinidad.

Pues bien, como se verá, todas las demás mujeres del Evange-

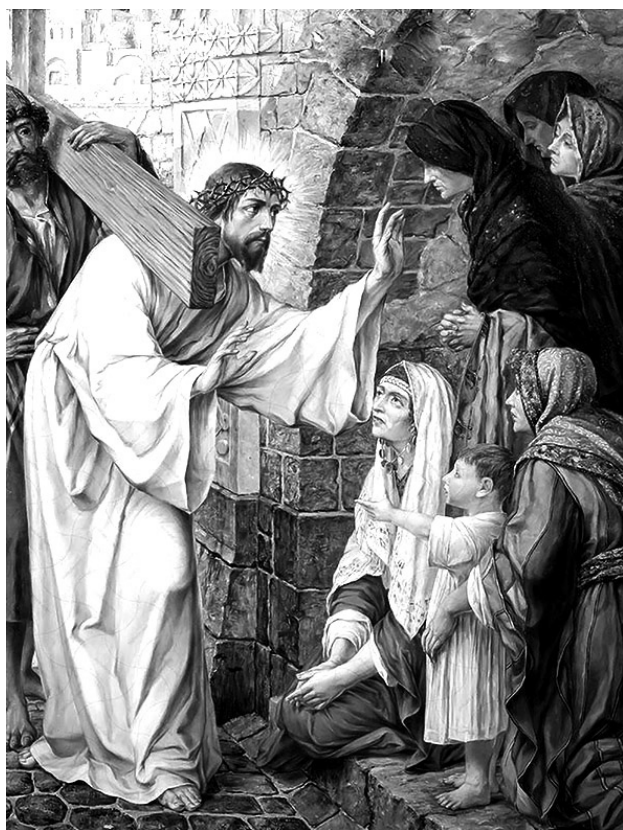
lio participaron de la misma esponsaneidad y docilidad, de la misma fortaleza y entusiasmo de fe en la confesión del Señor.

En efecto, los hombres, con muy raras excepciones, como Jesucristo les echaba en cara, no tenían más que una fe débil y enferma, que necesitaban ver los prodigios para creer en Él; y aun en presencia de los prodigios no creyeron todos, ni creyeron bien, ni siempre. Los hombres manifestaron una fe débil, vacilante y tímida; y en el tiempo de la Pasión tuvieron miedo, y vergüenza abandonándole; tuvieron una fe muy próxima a la incredulidad.

Pero las mujeres del Evangelio creyeron de un modo muy diferente. Muchas veces no necesitaban más que ver u oír una sola vez al Señor para reconocerle por el Hijo de Dios, el Mesías y el Salvador del mundo. Una palabra, una mirada del Señor bastaba para revelarse en su corazón, para atraerlas a Sí, para obligarlas a seguirle por todas partes, con sus mismos hijos, sin tomar alimento ni reposar por espacio de varios días. Las mujeres del Evangelio no se avergonzaron jamás de ser tenidas públicamente por siervas fieles y discípulas afectuosas del Señor, y en el tiempo de la Pa-

sión fueron ellas las únicas que le siguieron, llorando, al Calvario, asistieron a su muerte, y se mostraron fuertes para participar de sus penas y de sus oprobios. De este modo creyeron las mujeres del Evangelio la palabra divina y amaron la Persona adorable del Salvador del mundo.

Así como la vida de los patriarcas fue la historia anticipada de la vida de Jesucristo, de la misma manera la vida de Jesucristo fue la historia anticipada de la vida de su Iglesia.



Y desde entonces, como con todas sus enseñanzas, al dejarse alimentar por las mujeres, como Hombre, y al servirse de ellas para hacerse confesar y adorar de los hombres, anunció que las mujeres del Evangelio por lo que hicieron en su favor, serían el modelo y la figura de lo que las mujeres verdaderamente cristianas habían de ser respecto a la Iglesia, ayudando a sus ministros, a sus apóstoles, con su fe y con su devoción en la grande obra de la dispensación de los misterios de Dios, de la conservación y de la propagación de la Iglesia... y esto fue lo que sucedió en efecto, y lo que sucederá siempre.

Las primeras fundaciones de la Iglesia Católica

Es evidente, por muchos pasajes de la Sagrada Escritura, que lo mismo que Magdalena y las otras Marías habían hecho con el Señor, otras piadosas y santas mujeres más, también lo hacían siguiendo a los apóstoles por todas partes para cuidarles, servirles y darles a conocer; para defenderles, hacerles respetar, participando así de los trabajos y de los peligros de su apostolado, facilitando los medios para ello.

Apenas se había predicado el Evangelio en la Palestina por San Pedro, cuando las mujeres comenzaron

a hacerse notables por la práctica de la perfección cristiana, en particular por el espíritu de afecto y de caridad para con los nuevos hijos de la Iglesia, sus hermanos en la fe. Un ejemplo que se nos narra en los Hechos de los Apóstoles nos habla de una mujer, discípula de ellos, de la ciudad de Joppe, llamada Tabita o Dorcas. Nos dice que era una mujer llena del mérito de las buenas obras y de las limosnas que hacía; éste es el elogio más completo que se puede hacer de una mujer cristiana. Es necesario decir que su piedad, su celo y el cuidado afectuoso que tenía de todos los fieles pobres, y especialmente de las viudas, eran muy grandes y extraordinarios, supuesto que la Iglesia naciente de Joppe la miraba como su madre, y tanto, que su muerte llenó de duelo y de aflicción a aquella Iglesia. San Pedro, que amaba demasiado a aquellos buenos cristianos, a aquellas primicias de sus conquistas he-



chas a Jesucristo, no podía negarse a consolarlos con su presencia ante tal pérdida. Conmovido se arrodilló pidiendo a Dios la vida de Tabita; escuchó Dios esta oración y sabiéndolo el Apóstol, se acerca y dice: “*Tabita, levántate.*” (Hech. IX, 40) Y al momento abre ella los ojos y se incorpora. San Pedro llamando a los presentes, les entregó viva a su bienhechora. Este prodigio fue grande y admirable que de aquí resultaron muchas conversiones al Cristianismo. Así, esta sublime mujer; después de haber predicado a toda una ciudad la santidad de la religión cristiana con el prodigio de sus virtudes, predicó también la divinidad de la misma religión con la virtud del prodigio que en ella se obró, y fue, después de San Pedro, el verdadero y el gran apóstol de su patria.

Al llegar a Roma el príncipe de los apóstoles para establecer allí la silla de aquella monarquía divina que debía extenderse por todo el mundo y subsistir hasta la consumación de los siglos, fue recibido por Priscila, esposa de Prudente, hombre grave y príncipe del Senado, y por sus dos hijas Pudenciana y Práxedes, haciendo el apóstol, de estas tres mujeres, en pocos días, tres cristianas, tres santas y, por medio de ellas regeneró también por el bautismo a la cabeza de esta venturosa familia y a sus dos hijos, Timoteo y Novato.

Pudenciana y Práxedes, hechas dueñas de una inmensa for-



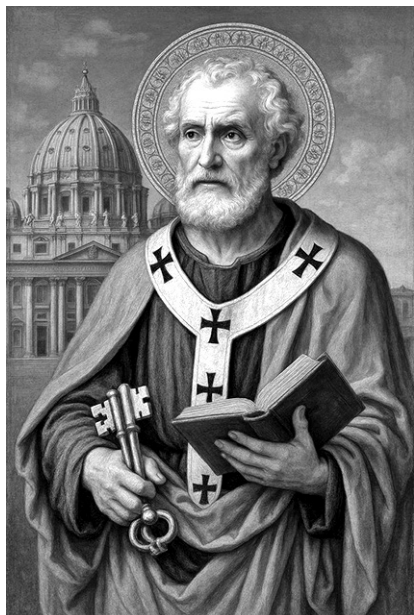
tuna después de la muerte de sus santos padres y de sus hermanos, renunciaron al matrimonio y se consagraron a Dios con el voto de virginidad; vendieron todas sus haciendas distribuyendo su valor entre los pobres, y pusieron el resto de sus bienes a disposición del jefe de la Iglesia para la propagación de la fe y el servicio de la misma. Cedieron la casa, que el primer vicario de Cristo en la tierra había consagrado con su presencia, para un uso puramente divino y para que sirviese de punto de reunión a los primeros fieles y a los nuevos convertidos que se reunían en ella para oír la divina palabra, recibir el bautismo, celebrar los santos misterios, comulgar y tomar también el alimento del cuerpo que la generosidad de aquellas santas hermanas suministraban a todos, después que

habían recibido de los apóstoles y de los ministros de la Iglesia el alimento del espíritu.

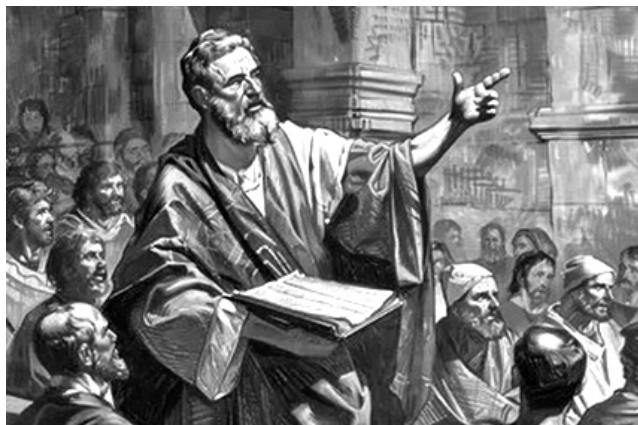
Así, pues, San Pedro fue quien fundó la Iglesia de Roma; pero por las mujeres fue esta Iglesia protegida, alimentada y servida, en la persona de San Pedro, su primera cabeza y de los primeros cristianos. Las mujeres fueron quienes dieron en Roma el primer templo a Jesucristo y el primer asilo a la Iglesia.

Al comenzar San Pablo su apostolado a los gentiles en la ciudad de Filipos, en la Macedonia, se dirigió primero a las mujeres, y su primera conquista a la fe cristiana la hizo en la persona de una mujer, la que parecía ser la principal de ellas. Ésta era llamada Lidia, mujer distinguida y rica de la ciudad de Tiátira.

Dios le abrió los ojos del entendimiento y del corazón, de tal manera a esta mujer, que habiendo escuchado a San Pablo con una gran atención, se convirtió al momento de su predicación con la mayor docilidad. Un instante después, bautizada por mano del apóstol, era ya cristiana, y con ella lo eran también todas las personas de su casa. Puso a disposición del apóstol y de sus compañeros toda su hacienda y todas sus riquezas. Quiso a toda costa que fuesen a habitar en su casa y, nada es más afectuoso que el acento de humildad, de respeto y de caridad con que insistió rogándoles que le concedieran esta gra-



cia. *“Si me creéis fiel a Jesucristo, os suplico que vengáis a mi casa, y la destinéis para lugar de vuestra mansión.”* (Hech. XVI, 15) Apenas se establecieron ellos en esta venturosa casa, cuando se convirtió en una iglesia. En ella era donde los enviados de Jesucristo convertían en cristianos a todos aquellos que, atraídos por su gracia, se les presentaban para ser instruidos; en ella convirtieron un gran número de almas, y los nuevos cristianos se reunían para oír la palabra de la salvación y alimentarse con el pan de la vida; allí fue donde, al salir de su prisión, y antes de ausentarse de Filipos, San Pablo y Silas se reunieron para recibir a todos los fieles, para consolarlos, para afirmarlos en la fe y animarlos a sufrir todo por Jesucristo; allí fue, en fin, donde se formó aquella cristiandad

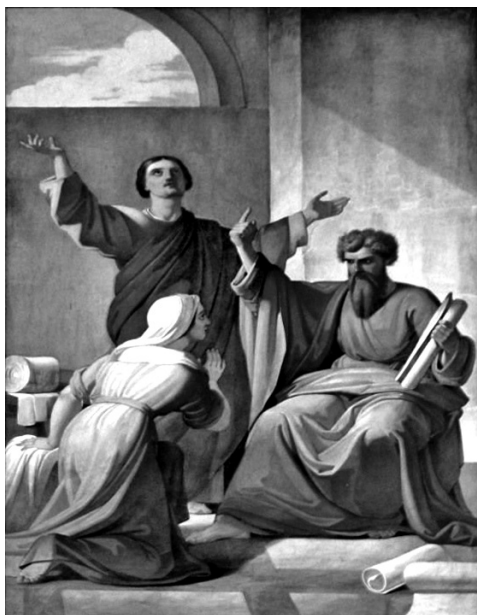


en aquella ciudad y fundar en ella una numerosa y magnífica iglesia. La casa de Priscila y Aquila se convirtió en una iglesia donde se reunían los nuevos convertidos para recibir los sacramentos. Esos santos esposos le siguieron,

de Filipos, tan santa y tan floreciente, a la que diez años después, San Pablo, preso en Roma, escribió su admirable carta tan llena de reconocimiento, de estimación y de afecto. Por consiguiente, una mujer fue quien suministró a San Pablo en Grecia (como le había sucedido a San Pedro en Roma) los tesoros, el lugar y los medios materiales de formar la primera iglesia; y esta primera iglesia de los gentiles, que comenzó en la persona de una mujer, debió en gran parte sus progresos y su esplendor al celo, a la generosidad, fortaleza y afecto de esta misma mujer.

Al llegar a Corinto el gran apóstol de las gentes, fue recibido también por una mujer llamada Priscila. Ésta era judía, que desterrada de Roma, en compañía de Aquila, su esposo, se había retirado a Corinto, y que no contenta con haber recibido a San Pablo en su casa, le proporcionó los medios necesarios para ejercer su glorioso apostolado

para ayudarle con sus bienes y su influencia en el ejercicio de su ministerio. De hecho, en la sedición que Demetrio incitó contra San Pablo en Éfeso, fue también Priscila quien, de acuerdo con su esposo, salvó la vida del apóstol, exponiendo la suya; y esta misma mujer fue quien ocultó después en su casa, en Roma, a donde había vuelto, al mismo apóstol, con peligro de ex-



ponerse ella misma, con toda su familia, al odio de Nerón.

En los mismos Hechos de los Apóstoles se lee también que ella misma, advirtiendo la ignorancia y a la vez el fervor de un judío llamado Apolo que por haber sido instruido muy imperfectamente en la fe, se esforzaba en enseñar lo poco que sabía de Jesucristo. Ella, percatándose de la situación, lo llamó y lo instruyó con un cuidado especial en los verdaderos caminos del Señor; lo hizo apto para todo el bien que había de producir en Acaja, lo alentó con sus exhortaciones y sus consejos, y le ayudó con sus recomendaciones. Y quién lo diría después: Apolo, aquel grande y celoso discípulo y compañero de San Pablo, ¡completamente instruido y hecho apto para el apostolado por una mujer! También era Priscila quien cuidaba de los intereses religiosos de la misión, y Aquila, su esposo la dejaba al cargo de cuidar a los hombres de Dios; por ser, las mujeres, más a propósito para esto que los hombres.

Se sabe que fue a una mujer, a Santa Febe, a quien San Pablo dio el encargo de llevar de Grecia a Roma su Carta a los romanos, aquel primer comentario del Evangelio, aquella obra maestra de exposición del dogma cristiano. Pero la mujer que más ayudó a San Pablo en su apostolado en Oriente fue Santa Tecla, la protomártir de las mujeres, como San Esteban lo fue de los

hombres, y la primera mujer cristiana, convertida del paganismo, que después de escuchar la predicación de San Pablo, abrazó la vida celestial de la virginidad voluntaria, aconsejada por el Evangelio.

Habiéndola destinado Dios para desempeñar un papel tan importante y tan grandioso en la Iglesia naciente, se dignó reunir en ella todas las ventajas, todas las cualidades, grandezas y glorias; porque descendiente de la más noble familia de la ciudad de Icon, en Licaonia; heredera de una gran fortuna y joven de una rara belleza, era universalmente admirada, más bien que por sus ventajas del nacimiento y del cuerpo, por la elevación de su espíritu, por la nobleza de su carácter y la bondad de su corazón.

San Pablo la había instruido con un cuidado especial, y aprovechando las disposiciones de su bella alma, le reveló las grandezas y los encantos de la vida virginal, a lo cual ella respondió consagrándose enteramente a Jesucristo por el voto de virginidad, hecho en manos del mismo apóstol. Desde este momento se unió a San Pablo como a su padre, que la había engendrado a Jesucristo por el Evangelio, y como a su maestro en la fe. Porque todo el tiempo que el apóstol permaneció en Asia, la rica y generosa virgen le ayudó por todos los medios que estaban a su alcance en la obra del ministerio apostólico; de modo que San Pablo le debió en gran par-

te a ella, los triunfos que alcanzó en aquella comarca. Y en efecto, parece que Santa Tecla, como nos lo manifiestan las actas de su martirio, por su talento, por su elocuencia, sus riquezas, sus relaciones, y mucho más aun por la constancia y el ardor de su fe, como también por la santidad de su vida, convertía tantas almas a Jesucristo como el mismo San Pablo con el poder de su palabra.

Ade-
más de San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San Gregorio Nacianceno, San Gregorio de Niza y otros padres, han celebrado también las glorias de Santa Tecla y le han tributado los más sublimes elogios. Así es como debía ser honrada por la Iglesia

Santa Tecla, tal fue, entre las mujeres, la más noble de las discípulas de San Pablo, la primera de las vírgenes esposas del Cordero divino, el primer germen de su sangre, el primer prodigio de su

gracia, la primera ejecutora de sus consejos, el primer testigo de su religión, la primera de las maravillas y de las glorias de la Iglesia, y uno de los más espléndidos ornatos del siglo de los apóstoles.



Per-
o éstas no fueron las únicas mujeres que asistieron a los apóstoles y participaron de los trabajos y de las glorias de su ministerio.

San Pablo prohibió a la mujer enseñar en la iglesia;

mas parece que fuera de la iglesia se le permitía la enseñanza y aun la predicación

Orígenes, San Juan Crisóstomo y Haymon hablan de muchas mujeres de esta misma época que por su celo continuaban, del modo que podían hacerlo, la obra de los apóstoles y de los evangelistas, y predicaban por las casas, especialmente a otras mujeres.

Mas ved aquí otras glorias de la mujer cristiana en la misma época de los apóstoles.

Habiendo estallado las primeras persecuciones contra los cristianos, Santa Pudenciana y Santa Práxedes se encargaron de ocultar a los fieles perseguidos, de visitarlos y alimentarlos en los calabozos, de animarlos en medio de los tormentos, de reunir sus reliquias, de recoger su sangre y enterrar sus cuerpos; y ellas también alimentaban al mismo tiempo a los pobres, cuidaban a los enfermos y proveían a todas las necesidades de la Iglesia. Ellas fueron las primeras y las verdaderas madres de la infancia de la Iglesia por la generosidad y la constancia de su afecto, por la ternura de su amor a todos los miembros de la Iglesia. Y en efecto, este espíritu de amor y de ternura maternal respecto a la Iglesia, de que Pudenciana y Práxedes dieron las primeras el ejemplo por medio de las obras, no se extinguió con ellas; les ha sobrevivido, y no se extinguirá jamás en la Iglesia hasta el fin del mundo.

Flavia Domitila, Martina, Susana, Cecilia, Prisca y Lucina caminaron por sus mismos vestigios. Estas nobles almas, lo mismo que otras muchas vírgenes heroicas o santas viudas, tan ilustres por las virtudes del Cristianismo como por las ventajas del nacimiento, de la riqueza y de la belleza, se señalaron también por la generosidad y la constancia de su afecto en socorrer y servir a la Iglesia. Ellas también ofrecieron sus casas para que en

ellas se edificasen templos al Señor. Ellas también se despojaron de cuanto poseían, para dotar y enriquecer a la Iglesia.

La Iglesia de Santa Cecilia era su antigua casa. La Iglesia de San Marcelo era la casa de Santa Lucía, y lo mismo puede decirse de la mayor parte de las iglesias antiguas de Roma.

Priscila y Lucina, nobles señoras romanas, fueron las dos discípulas más fervorosas del Papa Marcelo. La una fundó el cementerio cristiano, que conserva su nombre, junto a la vía Salaria, tan lleno de sepulcros con los signos visibles de la fe y la otra dio todos sus bienes a la iglesia, como a la madre común, para el alimento de sus pobres y el ornato de sus altares. Estos son los dos primeros testimonios auténticos de las donaciones piadosas hechas a la sociedad general y fraternal de los cristianos, y estas donaciones fueron hechas por mujeres.

Muchas veces las mujeres aparecieron más fuertes y más admirables que los hombres. Una mujer fue quien ocultó en su casa por espacio de tres meses al gran sacerdote y mártir San Félix de Nola. Pero al mismo tiempo que aquellas humildes siervas, aquellas tiernas madres de la Iglesia la asistían con sus cuidados, no dejaban de contribuir a propagarla y a ilustrarla con la actividad de su celo y el heroísmo de su fe.

Tertuliano decía a los paganos: *“Ya veis que, a pesar de*

vuestra injusticia, de vuestro furor y de vuestra brutalidad en perseguirnos, nos hemos introducido en todas partes: nosotros estamos en el palacio de los emperadores, en el Senado, en el foro y en la milicia; nosotros no os hemos dejado más que los lugares infames y los templos de los ídolos. En ellos únicamente es donde no encontrareis a los cristianos.” Nada era más cierto; pero no se ha notado lo bastante que esta propagación tan extensa y tan rápida del Cristianismo, en Roma y en todo el mundo, que causaba la admiración y la desespe-

ración del paganismo, fue en gran parte obra de las mujeres.

Los ministros sagrados de la divina palabra no siempre podían anunciarla en público debiéndose limitar a ciertas predicaciones parciales y secretas. En las prisiones o en las casas particulares, no tenían acción directa sobre la masa del pueblo ni llegaban a los hombres sino por medio de las mujeres. Estas eran generalmente las primeras que se convertían, y convertidas, atraían en pos de sí un gran número de hombres. Ellas eran las primeras que revelaban la

religión de Jesucristo a sus esposos, a sus hijos y a sus hermanos; que plantaban en ellos el deseo de oír una explicación más extensa del Cristianismo, y de este modo los llevaban a los pies de los pontífices y de los ministros de la Iglesia.

Puede decirse también que este espíritu de celo en convertir a los paganos al Cristianismo, y a formar de ellos mártires de Jesucristo, ha sido uno de los caracteres propios de las mujeres mártires de nuestra religión.

Generalmente sus palabras eran tan poderosas y sus instrucciones familiares tan completas, que casi no quedaba otra cosa que hacer al sacerdote, que



recibir en la iglesia aquellas conquistadas del cielo de la mujer, y administrarles el bautismo.

De una sola vez presentó Santa Pudenciana a San Pío noventa y seis personas. Estos eran hombres y mujeres a quienes ella había convertido e instruido tan bien, que el santo pontífice no tuvo que hacer más que bautizarlos.

Santa Martina, en la iglesia que conserva todavía su nombre en Roma, se ocupó de la conversión de los idólatras, y convirtió un gran número de ellos; y este celo le proporcionó la corona del martirio, que unió, a la corona de la virginidad y a la del apostolado.

Flavia Domitila, virgen romana, sobrina de los emperadores Tito y Domiciano, deseosa de agradar más a Jesucristo, se había consagrado a Él por el voto de virginidad. Habiéndola pedido en matrimonio Aureliano, hijo del cónsul Aurelio, y negándose la virgen, la acusó como cristiana, y la hizo desterrar a una isla con toda su familia; pero habiendo convertido, la noble virgen, su destierro en una misión evangélica para los habitantes de la isla, fue trasladada a Terracina. Habiéndosele preparado allí una

muerte horrible por el fuego a ella y a todos los cristianos que estaban en su compañía, ella sostuvo con sus palabras y con su ejemplo el valor de aquella santa congregación de recién bautizados, y la convirtió en una legión de mártires gloriosos, a quienes precedió, como jefe, en el camino del cielo, con la doble palma de la virginidad y de la confesión.

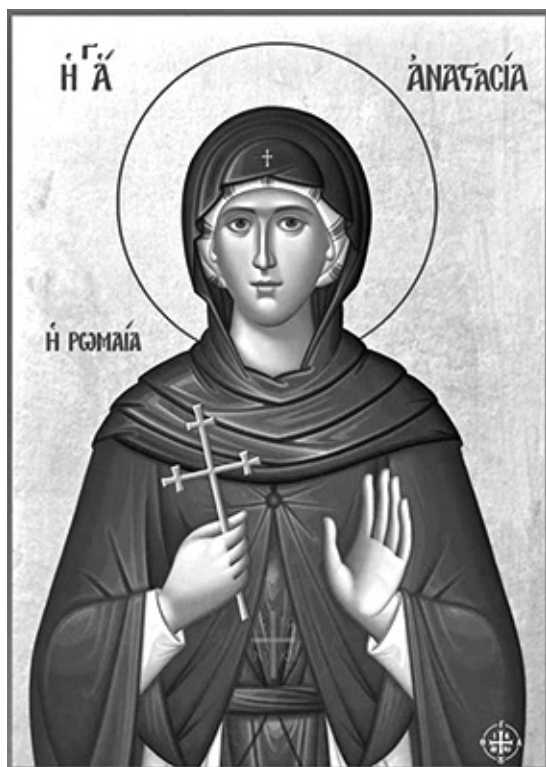
Santa Anastasia, mujer admirable que supo conservar la virginidad en el matrimonio y la fe en un largo y penoso martirio por parte de su mismo esposo, después de la muerte de aquel monstruo, dio a la Iglesia cuanto poseía y se consagró a la obra de servir a los confesores de Jesucristo. Aprisionada también, convirtió al Cristianismo en la misma prisión a doscientos hombres y setecientas



Santa Flavia Domitila

mujeres; con sus exhortaciones y con el ejemplo de su valor en sufrir los más atroces tormentos los inflamó de tal manera en el amor de Jesucristo, que ni a uno solo de aquellos recién convertidos faltó la corona del martirio. Atada a un palo sobre un gran fuego que la quemaba lentamente, no se ocupaba sino de exhortarlos a todos a la constancia en la verdadera religión; uno de ellos, llamado Eutiquiano, le dijo: “Madre, estad tranquila, nada temáis; podrán separarme la cabeza del cuerpo, pero no podrán arrancarme a Jesucristo del corazón.”

Los mismos tiranos admiraban la eficacia y la gracia especial que Dios concedió a las palabras de la mujer cristiana para animar a los hombres a sufrir los más horribles tormentos por Jesucristo. Así, habiendo oído que ciertas mujeres cristianas se mezclaban frecuentemente con las mujeres paganas encargadas del servicio de las prisiones, y que con sus fervorosas palabras aumentaban el valor y la firmeza de los mártires, prohibieron a todas las mujeres la entrada en las cárceles. Pero la caridad cristiana, tan ingeniosa como heroica, supo eludir esta precaución cruel



de la tiranía. En la persecución de Maximiano, al principio de la cual se hizo esta prohibición, Santa Natalia, esposa del mártir San Adrián, se cortó los cabellos, se vistió de hombre, y de esta manera pudo continuar entrando en las prisiones de los confesores de Jesucristo y ejercer con ellos su misión de caridad y de celo, llevándoles el alimento del alma y el del cuerpo, consolándolos en sus padecimientos, y afirmándolos en la constancia de su confesión. Habiendo seguido este ejemplo otras mujeres, se hizo común. ¡Cuán hermoso era ver a las más ilustres señoras cristianas hacer el sacrificio de sus cabellos y cambiar su vestidura de matrona

por la túnica grosera de los esclavos, para tener la felicidad de servir a los confesores de la fe!

Los mártires Proto y Jacinto, eunucos de la noble virgen Santa Eugenia, fueron convertidos por ella al Cristianismo, y dispuestos por ella misma para morir con tanto valor, que dieron un brillante testimonio de Jesucristo.

El gran mártir, San Geminiano, con una numerosa multitud de mártires, fue convertido a la fe cristiana y a Jesucristo por el celestial entusiasmo de la fe y por la maravillosa constancia

de que había dado ejemplo en su cruel martirio Santa Lucía, viuda romana; y ella fue la que, después de haber hecho a esta multitud de héroes sus hermanos en la fe, los hizo sus compañeros en la corona del martirio

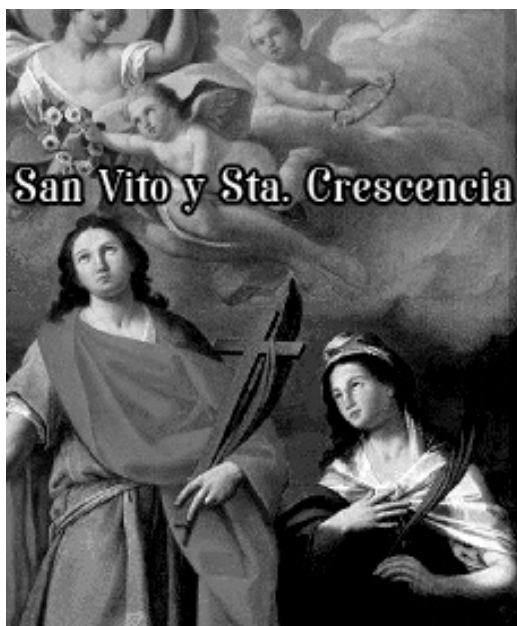
El mártir San Vito, cuya santidad, prodigios y confesión, tanto se celebra en la Iglesia, fue también convertido por una mujer. Su madre era cristiana; pero habiendo muerto cuando Vito estaba todavía

en la cuna, Crescencia, su nodriza, dándole la leche de la fe, al mismo tiempo que la del cuerpo, lo hizo bautizar sin que lo supiese su padre, furioso idólatra, y le inspiró tal amor a la religión cristiana, que su padre, que se había convertido en su acusador, en su tirano y en su verdugo, no pudo conseguir por

ninguno de los medios de que se valió, que aquel héroe niño traicionara a Jesucristo.

San Cipriano el mago (distinto del gran obispo y doctor de este nombre) fue convertido al Cristianismo por la ilustre virgen Santa

Justina. Cipriano, que amaba con ardor a esta joven, prodigio de belleza, se había valido en vano de todos los maleficios de su arte para conquistar su amor y su mano, sin poder obtener que ella renunciase a la virginidad; por el contrario, la virgen cristiana, con sus oraciones a Dios y con sus irresistibles argumentos, consiguió que Cipriano renunciase a su magia y a su idolatría. Él no había podido hacer de la virgen cristiana su esposa, pero



San Cipriano Santa Justina



se hizo su hermano en la fe y su compañero en el martirio.

Los santos mártires Gervasio y Protasio habían sido educados en la religión cristiana, e inflamados en el deseo de morir por Jesucristo, por su santa madre que, martirizada a vista de ellos en Milán, les había dejado en herencia el martirio.

Santa Dorotea, ilustre mártir de Cesarea, en Capadocia, aprisionada por razón de Jesucristo, convirtió de nuevo y trocó en mártires a sus dos hermanas, Crista y Calixta, que, siendo apóstatas del Cristianismo, habían sido enviadas para que la pervirtiesen y corrompiesen.

Santa Sabina fue convertida al Cristianismo e instruida en sus misterios y en sus leyes, por la santa virgen Serafia.

De Santa Daría, mártir, se dice que en Roma atrajo al Cristianismo una multitud innumerable de mujeres paganas, y que su esposo, que tuvo la dicha de participar de su martirio, ejerció su celo entre los hombres con el mismo éxito. Se refiere esto mismo de otra multitud de santas mujeres, que nos es imposible mencionar, la mayor parte de ellas vírgenes y mártires.

La mujer y las reliquias de los mártires

Pero ved aquí otro y muy importante servicio que las primeras mujeres cristianas hicieron a la Iglesia: Jesucristo había anunciado a sus apóstoles que Él vencería al mundo, esta profecía se cumplió. Él venció todas las pasiones del mundo, no solo con su Persona, sino también con la persona de sus verdaderos discípulos, y especialmente de sus mártires. San Ambrosio, San Agustín y San Gregorio dicen que la victoria que los santos mártires alcanzaron sobre los horrores y las seducciones del mundo, no fue otra cosa que la victoria de Jesucristo. Los demás padres de la Iglesia dicen lo mismo y la misma Iglesia canta diariamente que Jesucristo es el Rey glorioso de los mártires y la corona de los que le confiesan, y que Él es quien triunfa en los mártires. Por consiguiente, los cuerpos y las reliquias

de los mártires son pruebas sensibles, testimonios históricos, y al mismo tiempo unos trofeos magníficos y gloriosos de la victoria del Salvador, de su fe, de su doctrina, de su gracia y de su religión, sobre el mundo. Ved aquí por qué la Iglesia mira con tanto respeto los restos de los mártires, les tributa un culto religioso, y los presenta a la veneración de los fieles después de haberlos cubierto con la vestidura de la santidad; ved aquí también por qué todos los cristianos experimentan un sentimiento de gozo, mezclado de respeto al ver los huesos de los mártires.

Todos saben que no es permitido celebrar los divinos misterios sino sobre el ara sagrada, que no es otra cosa que una piedra consagrada por un obispo colocando en ella algunas reliquias de mártires. Esta es la continuación de la práctica de la primitiva Iglesia, que no ofrecía a Dios el sacrificio eucarístico sino sobre los sepulcros de los confesores de la fe, que, sacrificando con

tanto valor su vida por Jesucristo, probaron al mundo que Jesucristo ofreció su sacrificio por la salvación del mundo.

Pues bien, esos cuerpos, esas reliquias de los mártires que son la gloria de Jesucristo, el objeto de la ternura de los fieles y de las delicias



de la Iglesia, nos han sido conservadas por las mujeres; ellas han hecho cavar y disponer a su costa las catacumbas, aquellas admirables ciudades subterráneas, en las que, durante las persecuciones, millones de cristianos encontraban un asilo durante su vida y un sepulcro después

de su muerte. Ellas alimentaban con sus bienes a aquellos pueblos de mártires, sepultados vivos en las entrañas de la tierra o sumergidos en prisiones horribles, ellas curaban sus heridas y asistían a sus luchas supremas, para animarlos con su presencia, para recibir sus últimos suspiros, para arrancar sus preciosos restos a la voracidad de los perros y a la brutalidad de los ver-

dugos, para depositarlos en lugares consagrados y conservarlos al amor y al culto que más adelante se les había de tributar por la Iglesia.

Habiendo sido martirizado San Pablo, una matrona romana, llamada Lucina, recogió sus restos venerados, con los que se había de gloriarse después Roma y toda la Iglesia. Los sepultó en una de sus propiedades, junto al gran camino de Ostia, en el mismo lugar donde fue edificado después el gran templo de San Pablo, la obra de la munificencia piadosa de los césares cristianos y el objeto de la veneración del mundo.

El primer cementerio cristiano fue el que Priscila, esposa de Pudente; hizo construir en una de sus propiedades, y en él fueron depositados los restos de los primeros mártires, como también los del mismo Pudente y los de sus santas hijas, Pudenciana y Práxedes.

La mayor parte de los cementerios y de las catacumbas de los mártires en Roma conservan aun el nombre de una mujer, porque han sido mandados edificar por mujeres. El mismo cementerio de San Calixto conserva este nombre, porque este santo Papa y mártir le hizo dar mayores dimensiones e hizo depositar en él los cuerpos de muchos santos sacerdotes y de muchos mártires; pero esto era un antiguo cementerio, edificado por el celo y la piedad de una santa mujer.

Las actas del martirio de Santa Susana nos refieren que una

mujer, llamada Serena Augusta, esposa del emperador Diocleciano, fue quien conservó sus preciosos restos, recogiendo los con su propio velo imperial y después de haberlos ungido, los sepultó en las catacumbas de Santa Priscila.

Casi todas las lecciones de los mártires que se encuentran en el Breviario nos dicen que siempre fue una mujer la que tuvo cuidado de recoger y sepultar sus preciosos restos, y quiso que esto se hiciese en una heredad de su pertenencia, significando de este modo que quería conservar esta parte de la herencia de la Iglesia. Y aun cuando algunas veces se dice que los sacerdotes o los legos hicieron los honores de la sepultura a uno o muchos mártires, se sabe que esto, la mayoría de las veces, lo hacían invitados a ello por las mujeres. Y en efecto, el pensamiento de recoger la sangre de los héroes de la fe en preciosos vasos, de embalsamar los santos cuerpos y de envolverlos en blancos lienzos, no podía nacer sino del corazón de las mujeres, que poseen casi exclusivamente la ciencia y el sentimiento de las acciones delicadas de las santas industrias y de las gracias de la verdadera piedad.

Pero ninguna mujer de aquella época, tan gloriosa para la Iglesia, excedió a Santa Lucina en su afecto a la Iglesia y en su piadoso deseo de honrar los restos de los héroes de la Iglesia. Ella había instituido a la Iglesia heredera de toda

su fortuna; habiendo recibido y ocultado en su casa al Papa San Marcelo, le había cedido su misma casa para que edificase en ella una Iglesia. Y después que el santo pontífice sufrió el martirio, ella fue quien sepultó su cuerpo en el cementerio de Priscila. Cuando San Sebastián, después de haber sido preso segunda vez y condenado a muerte por orden del emperador, fue arrojado en la cloaca máxima, Santa Lucina le hizo sacar de aquel lugar inmundado, le tributó los honores de la sepultura y lo depositó en las catacumbas, que conservan por lo mismo el nombre de este ilustre mártir. Finalmente, la misma Santa dio sepultura al glorioso mártir San Lorenzo en el lugar donde existe hoy una hermosa iglesia con el nombre de San Lorenzo en Lucina, y tributó los honores mortuorios a este glorioso mártir, de que Roma se gloria tanto como Jerusalén de San Esteban.

Estos piadosos hechos y otros muchos más de la misma clase, se encuentran en el Breviario Romano. Así es como la Iglesia, en el libro de su oración pública, ha querido perpetuar la memoria de la piedad de la mujer católica hacia las reliquias de los mártires, y darle una muestra de su reconocimiento por el cuidado que ha tenido siempre en conservar a la Iglesia sus más preciosos tesoros.

Por ahora no diremos más de la acción y de la gloria de la mujer



católica en los tiempos de los apóstoles y en la infancia de la Iglesia, ¡no terminaríamos nunca!

Sirvan de ejemplo estas pequeñas muestras de lo que la mujer católica hizo en esos tiempos y nos muevan a ser más fervorosos, más generosos, pidiéndoles nos alcancen de Dios el valor para darnos de veras por nuestra fe y nazcan en nuestras almas grandes deseos de imitarlas y tener así, un día, la dicha de estar junto a ellas en el cielo después de haber sufrido aquí, también nosotros algo por nuestro Dios.

¡Sea para gloria de Dios!

(1) *La Mujer Católica por el R.P. Ventura de Ráulica Tomo I, Parte II*